



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 3.º—NÚMERO 5.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

8 de Febrero de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

ADVERTENCIA.

Habiéndonos pedido algunos señores suscritores sus respectivas liquidaciones, advertimos á los que no las hayan recibido, que pueden mirar el primer número en que empezó su suscripcion, y les será fácil verlo por sí mismos, puesto que son dos reales mensuales, y así sabrán lo que adeudan, segun lo que hayan abonado; esto lo hacemos por evitar alguna correspondencia, atendiendo á la mucha que nos vemos obligados á sostener por la aglomeracion de suscripciones; y por la misma razon tambien, en la cubierta de uno de nuestros próximos números, pondremos la lista de los señores suscritores á quien se suspende el envio del periódico por falta de pago, como lo hacemos todos los años, para que de este modo no extrañen el no seguir recibéndolo.

Esto se entiende solo con los señores cuyo atraso date del año 75.

SUMARIO:

Del Miércoles de Ceniza y de la Cuaresma, por don Basilio Sebastian Castellanos.—El día, poesia, por doña Eduarda Moreno de Lopez Nuño.—Calvario y Redencion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—La lija de Jairo, poesia, por don Timoteo Domingo Palacio.—Los hijos de Eduardo.—Variedades.

DEL MIÉRCOLES DE CENIZA Y DE LA CUARESMA.

Dice el Diccionario de la lengua española, que «el Miércoles de Ceniza es la feria 4.ª de la Quinquagésima, en que la Iglesia celebra el poner la ceniza á los hombres en la cabeza y á las mujeres en la frente, para acordarnos que somos polvo.» Al efecto se saca la ceniza de los ramos de oliva y flores benditas que sirvieron en la festividad del Domingo de Ramos, del año anterior, y se coloca en una naveta ó vaso plano. Antes de empezarse á celebrar los santos misterios, revestido el sacerdote de telas lúgubres, se pone de pié sobre los escalones del altar, y recitando las oraciones del ritual, bendice la ceniza,

Los fieles se prosternan á cada una ante el sacerdote, y tomando éste la ceniza que le presenta el acólito, con sus dos dedos traza una cruz sobre la frente de cada uno de ellos, diciendo: *Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris*, que fué el anatema que oyó pronunciar Adán sobre sí despues de su pecado. Dicen algunos autores que esta práctica religiosa tuvo origen en los penitentes de los primeros tiempos del cristianismo, los cuales se presentaban en este dia á la puerta de la iglesia con trajes de mortificacion y con la cabeza cubierta de ceniza. En los tiempos antiguos se tenia por causa de alegría y de prosperidad el llevar aseado el traje, lavarse el cuerpo y el perfumarse con bálsamos la cabeza: y de profundo dolor el rasgarse el vestido, echarse en tierra y revolcarse en el suelo. Esto suele verse naturalmente en los niños, aldeanos y gentes poco civilizadas, las que cuando experimentan una desgracia, se entregan violentamente á los impulsos de la naturaleza, de lo que nos habla Job, en el libro de los Reyes, los Profetas y aun el mismo Evangelio.

Los antiguos orientales expresaban su dolor en las calamidades públicas, sentándose en tierra sobre ceniza y echándose puñados de ésta sobre la cabeza, de cuya costumbre se origina, segun el obispo Torres Amat, la frase de *comer el pan con ceniza*, aludiendo á la que caia de la cabeza. Para expresar David su amargo dolor, dice en el Salmo CI, versículo 10, que *comia el pan con ceniza*. ¿Vendrá de aquí el proverbio burlesco de *los duelos con pan son menos*, en la significacion que le damos? Se sabe tambien que los antiguos cocian su pan sobre la ceniza, y que en las ocasiones de luto ó de dolor, no le quitaban la ceniza que se pegaba á la masa, sino que se comia con ella.

Á fin de purificar á los que tocaban á los muertos ó asistían á los funerales, hacían los antiguos una legía de cenizas de una ternera, que se sacrificaba el dia de la Gran Expiacion. No vacilamos en creer que de estas prácticas hebreas y gentílicas que acabamos de expresar, se haya originado la costumbre cristiana de la imposición de la ceniza, para recordarnos nuestro fin, á la terminación de una orgía popular como la del carnaval, y á la entrada del santo y contemplativo tiempo de la Cuaresma. Empero, bien como reminiscencia del gentilismo, bien como invención cristiana, lo cierto es, que en la primitiva Iglesia, ponía el obispo un poco de ceniza en la frente del pecador, al principio de su penitencia, de lo que provino el que el concilio de Benevento mandase en 1091 á los

fieles, fuesen á recibir la ceniza á la iglesia el dia primero de Cuaresma.

Algunas comunidades monásticas se acostaban sobre camas de ceniza para hacer penitencia, y los trapenses ponían á sus hermanos, poco antes de morir, en la iglesia, sobre una cruz de ceniza, á fin de recordarles su origen y en lo que habían de convertirse. Algunos reyes cristianos para expresar su humildad, el desprecio que hacían de las vanidades mundanas y hacer penitencia, se cubrieron la cabeza de ceniza, y debemos recordar con orgullo los españoles al glorioso rey San Fernando, que oró de este modo en la iglesia mayor de Sevilla, á la que se hizo conducir poco antes de morir, dando á los hombres un ejemplo de humildad y de piedad cristiana.

Ciertamente que el contemplativo y profético Miércoles de Ceniza, ofrece un contraste bien singular despues de la espantosa orgía del carnaval, que acaba en su misma aurora, en la que se hermanan, por decirlo así, la vida y la muerte. Pero lo que apenas se concibe es, que haya podido inaugurarse en una nación católica como España, la costumbre de suspender la fiesta de carnaval para tomar la triste ceniza, y volver á la báquica fiesta del *entierro de la sardina*, por la tarde. Alguna práctica, tal vez santa y loable en un principio, debe haber degenerado en esta punible y lamentable que ha llegado hasta nosotros. Lo cierto es que no de ahora, sino de tiempos mas remotos, y en los que había un tribunal para velar la integridad de la religion y desterrar costumbres irreligiosas, se acostumbraba á hacer gala de la licencia y de la gula, en el primer dia del tiempo de la penitencia, de la compostura, de la oración y de la abstinencia. La civilización del pueblo que vá en progreso ascendente, acabará con tan ridícula farsa, que desdice de nuestro piadoso carácter, máxime, si lejos de tratar de reprimirla violentamente, lo que no la evitaria sino por intervalos, se la ridiculiza y desprecia por escritores sábios.

Llámase Cuaresma á la época de contemplación y de abstinencia cristiana, que empieza el dia del Miércoles de Ceniza y sigue por cuarenta dias hasta la Pascua. Algunos autores hacen institutores de ella á los apóstoles, si bien no falta quien haya sentado, que los primeros cristianos se impusieron este deber á fin de imitar la mortificación del Señor, de los cuarenta dias que ayunó en el desierto, los cuales solo hacían una comida despues de ponerse el sol, costumbre que ha moderado la Iglesia siendo mas tolerante.

Casi todos los pueblos y religiones observan

éstos ayunos ó abstinencias anuales en la misma época ó poco mas ó menos cercana á ella, porque los legisladores la consideraron, tal vez como una necesidad higiénica, á fin de preparar al cuerpo á la estrovescencia de la primavera.

La duracion de la Cuaresma nunca fué ni es hoy igual en todas partes: constó de seis semanas en Iliria, Alejandria, Egipto, en toda el África y en Palestina, esceptuándose de estos dias la Pascua. En Constantinopla y en todo el Oriente, se compuso de siete semanas. La Iglesia griega la contaba desde el Domingo de la Quinquagésima ó Domingo que nosotros llamamos Gordo. Los antiguos monges latinos, observaron tres Cuaresmas, de cuarenta dias cada una, á saber: la 1.^a antes de la Pascua; la 2.^a antes de la fiesta de San Juan Bautista, y la 3.^a de Navidad: los monjes griegos, cuatro: la 1.^a de los Apóstoles; la 2.^a de la Asuncion; la 3.^a de Navidad y la 4.^a de Pascua; pero cada una de estas Cuaresmas solo tenia siete dias. Los jacobitas, los caldeos y los nestorianos, unian á aquellas una 5.^a Cuaresma que llamaban de la penitencia de Niniye, y los maronitas otra además en honor de la exaltacion de la cruz.

Poco debia guardarse la abstinencia en la Cuaresma bajo el imperio de Carlo-Magno, cuando este príncipe cristiano, como se vé en el tomo I, pág. 251 del Capitular régio francés, impuso el año 789 de Cristo, pena de la vida al que comiese carne en la Cuaresma, *en menosprecio y burla de la religion*. Esta ley fué reproducida en el siglo XVI por Enrique IV, el cual, antes de esta época, habia sido el mayor amigo de los protestantes que peleaban por la libertad de la conciencia; pero en esta reproduccion de la ley se imponia pena de muerte al que vendiese la carne en Cuaresma, y solo multa y prision á los que la comiesen; es singular que dictase esta sentencia precisamente un rey que, segun los historiadores, hizo matar treinta mil sajones bajo el pretexto de heregia. En los tiempos á que aludimos, se hacian en Francia visitas domiciliarias para ver si se observaba la Cuaresma; pero como en todo, éstas alcanzaban solo al pobre, que pagaba la necesidad como delito, en tanto que el rico se mofaba de la ley y hacia su gusto, contentándose ésta con que pagase alguna que otra multa cuando sus demasias eran muy públicas.

Así como en Francia, se guardó siempre en España la abstinencia de carne durante la Cuaresma, pero si bien las leyes eclesiásticas fueron sobre este particular las mismas que en toda la cristiandad, las humanas nunca fueron tan

séveras y crueles como las que hemos citado, sin duda porque la proverbial y nunca desmentida religiosidad de los españoles, ha sido causa de que observen la abstinencia en la Cuaresma en lo antiguo con la mayor escrupulosidad.

Fué costumbre antigua en España el hacer el Miércoles de Ceniza una enorme vieja de carton ó de papel, con siete piernas escuálidas y enjutas, en la que simbolizaban los profanos la Cuaresma y sus siete semanas; uso que ha llegado casi hasta nosotros. La expresada vieja se conducia en Madrid en el entierro de la sardina, despues del cual se la coronaba por la noche, y como reina que empezaba á imperar, se la ponía un cetro de espinacas y cubria con un gran manto negro. De este modo, y entonando cánticos fúnebres, se la conducia del campo de la fiesta á la villa, acompañada de luces en hachones, y al llegar á la Plaza Mayor se apagaban estos y terminaba la fiesta báquica, haciendo todos propósito de no volver á reunirse en alegre diversion hasta que no perdiera la vieja todas sus piernas, en cuyo caso se la cortaria la cabeza en igual algazara, lo que se verificaba el Sábado Santo al toque de gloria, en festividad de la Resurreccion del Señor. Colgada la vieja simbólica en las casas, el Sábado de cada semana de Cuaresma, se la cortaba una pierna, y así se la iba mutilando hasta no dejarla ninguna; de suerte que la figura venia á ser un barómetro por el que se conocia el tiempo de abstinencia que faltaba. Cuando la fiesta del glorioso San José no caía en la Semana Santa, se acostumbraba por los jóvenes bulliciosos á suspender la seriedad de la Cuaresma, interrumpiéndola para dar lugar á la diversion, y así es que en este dia y su noche hasta las doce, se daban bailes y celebraban dias de cumpleaños y fiestas que se habian suspendido por guardar la abstinencia, siendo de notar que para estas diversiones cuidaban de esconder la vieja, accion que manifiesta lo que respetaban aquellos mismos la santidad y gravedad de la época que ellos querian suponer podian olvidar por un momento, no teniendo presente el simbolo que la representaba.

Basilio Sebastian Castellanos.

EL DIA.

Y dijo Dios: sea hecha la luz, y fué hecha la luz.

(Génesis).

Con doble paso la enlutada noche cogió su manto de crespon y tul,

y la luna tambien en su áureo coche
huyó veloz del pabellon azul.

Sus tibios rayos de carmin y grana
vierte la aurora en lluvias de coral,
y espléndida la tierra se engalana
al soplo de la brisa matinal.

Su enrojecida frente del profundo
gigante alzando el sol apareció,
á su presencia sonrióse el mundo
y el hombre de rodillas se postró.

Y bendijo de Dios la omnipotencia
levantando sus ojos al cenit,
de natura admiró la oculta ciencia
y contempló del mundo el existir.

De los orbes el globo rutilante
en sus opuestos ejes vió girar,
con los ricos palacios de diamante
de los senos recónditos del mar.

Y en sacro fuego el corazon henchido
himno de gloria hasta su Dios alzó,
y en su ser deleznable confundido
la omnipotencia de su Dios cantó.

¡Oh! ¡bendita la luz!... Bendito sea
el que rompió á las sombras su capuz!
el que dijo á la luz.... que la luz sea....
y ahuyentando las sombras fué la luz.

Yo te adoro, Señor! Tú eres el dia!
tu sonrisa es la aurora, el rojo sol,
la luna y las estrellas tu alegría,
y tus enojos las tinieblas son.

Yo te adoro, Señor! tu luz bendita
derrama sobre mí!.... La oscuridad
de mi espíritu aparta, y vea escrita
en la luz de tu nombre la verdad!...

¡Oh! bendita la luz!... Bendito sea
el que rompió á la sombra su capuz!
el que dijo á la luz.... que la luz sea....
y la sombra ahuyentando, fué la luz.

Eduarda Moreno de Lopez Nuño.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á Maria.

Héme aquí, pues, hermana mia, dirigiéndome á tí, despues de haber leído tu carta de ayer. ¿Con qué ese desgraciado ciego es tambien poeta? ¿Con que escribe, ó mejor dicho, hace versos que otro se encarga de escribir? ¡Oh! qué desgraciado debe ser! tener un cielo en la mente, ver cruzar ante el pensamiento mil mundos llenos de luz, de vida, de galas, y ni poder correr tras ellos ni poder describirlos tampoco!

Amar á una mujer, tenerla al lado, y no leer en su mirada los anhelos de su alma; no adivinar en la expresion de una sonrisa su frialdad ó su pasion! ¡Pobre conde! debe sufrir mucho, debe ser muy infeliz!

En cuanto á su esposa, yo juzgo, mi dulce hermana, que esa mujer no tiene corazon, y que la que no sabe adivinar y evitar los tormentos del compañero de su vida, está muy lejos de saber cumplir con los deberes que Dios la impone.

No salgas á su defensa, amada Maria; tú eres demasiado noble, demasiado pura para comprender el mal, y estoy cierto que el crimen y el vicio podian pasar á tu lado sin que tú les distinguieses siquiera, y sin lograr empañar por un solo instante la inmaculada blancura de tu alma.

Yo desde aquí adivino el corazon de esa mujer; yo desde aquí veo en él, asentándose como en un trono, la vanidad, el egoismo, la frialdad y la indiferencia por todo cuanto la rodea, y.... ¿quién sabe, quién sabe si algo mas?

Tambien comprendo que los celos y la duda empiezan á turbar el espíritu de su esposo, en cuya alma hay sin duda una noche mas sombría que la que cubre sus turbios ojos.

¡Oh! Maria, Maria! cuántos infortunios hay en este mundo, aunque cubiertos bajo el brillante velo del esplendor y la riqueza!

En medio de la destruccion completa de nuestra fortuna, en medio de las amargas pruebas que la suerte nos ha ofrecido, podemos bendecir á Dios, hermana mia, porque ha conservado á nuestras almas su fe y á nuestro corazon su rectitud, dejándole tambien como santo puerto el dulce y tranquilo amor de la familia!

¡Si supieras cuánta angustia, cuántas lágrimas y qué infinidad de pasiones mezquinas me cercan aquí tambien.

D. Félix de Aguilar, mi principal, está muy lejos de ser feliz, á pesar de su riqueza, á pe-

sar de su crédito, á pesar del respeto con que se pronuncia su nombre en la alta banca.

Como llevo algunos dias de estar en su casa, he conocido á su familia, y sé los lazos que le unen á Angelina, la triste niña de que te hablé, y á Valeria, la altiva jóven que ví el primer dia de mi instalacion aquí. Valeria tiene veinte y cinco años y es la hija mayor del señor de Aguilar, habida en su primer matrimonio. Angelina es tambien su hija; hija de un segundo enlace, y el luto que lleva es por su madre, que ha muerto hace poco, y á quien pertenecía la mayor parte de las riquezas de D. Félix, que segun dicen se unió á ella, mas por ambicion que por amor.

Valeria orgullosa, dominante y fria, continúa atormentando á la hija, como cuentan que atormentó á la madre, que era una jóven bellísima, pero tímida y delicada.

Angelina está enferma, baldada y sin fuerzas desde que nació; nadie se cuida de ella, ni procura despertar su inteligencia, paralizada ó combatida por el rigor con que la tratan.

Valeria, que aborrece á esta niña, acaso porque ante la ley debe heredar ella sola el inmenso caudal de su madre, no perdona medio de separarla de su padre, de relegarla al olvido, y de tratarla, no como á una criatura desgraciada, sino como á un animal dañino, como á un ser insensible y repugnante.

La tiene siempre encerrada en una habitacion triste y falta de sol, bajo el pretexto de que sus gritos la molestan, y de que la aflige su vista.

D. Félix no se cuida tampoco de ella: ya te dije que este hombre solo sabe apreciar la vida por los números y los guarismos; y así es, que la pobre niña, sin un ser que la ame, rechazada siempre, contrariada en sus instintos y en sus gustos, se empeora mas cada dia, y concluirá al fin por morir ó por quedar sumida en un idiotismo completo.

Y sin embargo, yo creo que un resto de inteligencia existe aun bajo aquella frente angelical: yo creo que en aquel corazon no se ha entinguido el sentimiento.

Al dia siguiente de verla por primera vez, me levanté mas temprano aun y bajé al jardin: ya te he dicho que hasta las ocho estoy libre enteramente.

Yo no conocia todavia el secreto de la vida de Angelina, y creo que el afan de verla me condujo á aquel lugar, á donde sin saber por qué esperaba volver á encontrarla.

Efectivamente, esta es la única distraccion que la permiten, segun me ha dicho su nodriza, que es la encargada de asistirla. Á los pocos momentos de hallarme en el jardín, una puerta

situada en un ángulo se abrió, y Angelina, llevada por aquella mujer, apareció en ella. En su pálido semblante brilló una fugitiva expresion de alegria, cuando distinguió el cielo azul sobre su cabeza y las flores entre las ramas.

Yo me oclulté un instante temeroso de asustarla, mientras Susana, que así se llama la nodriza, adelantaba con ella en los brazos hasta colocarla en el centro de una glorieta, que es, al parecer, su sitio favorito.

Sentóse allí, y el fiel perro que la seguia se echó dócilmente á sus piés.

Entonces me acerqué lentamente, y saludé con respeto á la nodriza y á la niña.

La primera contestó á mi saludo: la segunda fijó en mí sus grandes ojos, pero no pareció prestarme atencion.

—¿Está enferma esta niña? pregunté á Susana acercandome mas aun.

—¡Oh! sí señor, me contestó tristemente.

—Y ¿qué tiene? insistí con interés.

—V. es nuevo en la casa, ¿es verdad? me dijo la pobre mujer.

—Sí, señora: hace dos dias que estoy aquí, la respondí.

—Entonces no es de extrañar su curiosidad, murmuró; porque si no fuera así, no me haria semejante pregunta.

—¿Pues qué hay de extraño en ella? ¿qué mal aqueja á esta hermosa niña?

—Todos dicen que es idiota y que nunca se curará; exclamó con profunda pena aquella mujer.

—¿Y V. no lo cree así?

—¿Qué sé yo! si la vieses otros médicos.... si saliese de aquí....

—¿Y por qué no lo hacen? pregunté con prontitud.

—La señorita Valeria dice que es inútil, dijo Susana fijando una mirada recelosa en torno; y sin embargo, Angelina me conoce, sonrie cuando estamos solas, y sus ojos no tienen á mi lado esa expresion de espanto que toman al fijarse en los demás, y sobre todo.... sobre todo en su hermana; ¿es verdad que la castiga tanto, y la prohíbe con tal rigor tocar á las flores, á las flores que tanto la gustan!

Sin pensar en lo que hacia me acerqué á un magnífico rosal de Bengala, y cogí una de sus rosas, presentándosela á Angelina, que extendió una de sus pequeñas manos, dibujándose en sus labios una ligera sonrisa.

Susana dirigió con miedo sus ojos hácia un balcon situado enfrente de nosotros; aquel balcon estaba cerrado, y la nodriza pareció tranquilizarse.

La niña tomó la flor y la acercó á sus labios, mientras el perro, alzando hacia mí su inteligente cabeza, barria el suelo con su cola, como dándome gracias por el regalo que habia hecho á su dueña.

—¿Y por qué no tiene esta niña todas las flores que apetezca, habiendo tantas en el jardín? pregunté.

—La señorita Valeria dice que esto la perjudica, y además que ella las necesita para adornar su tocador, respondió muy bajo Susana.

Angelina, entretanto, sonreía mirando la rosa, y una expresión mas animada embellecía sus azules ojos.

No sé si sería ilusión ó realidad, pero en la mirada que la niña fijó en mí, creí distinguir una chispa de razón, un destello de ternura.

Los cristales de aquel balcón que tanto observaba Susana, sonaron por un momento.

—¡Oh! exclamó la nodriza, la señorita está sin duda levantada y puede bajar; vámonos, vámonos ya, hija mía.

Angelina, distraída con la flor que conservaba en la mano, no opuso resistencia, y Susana la tomó para alejarla de aquel sitio.

—¿Por qué la lleva V. de aquí, cuando parece hallarse tan bien? dije sintiéndome interesado por Angelina.

—Cuando su hermana baja al jardín no gusta de encontrarla aquí.

—Pero V. por qué no la dice....?

—¡Oh! porque quizá me separaría de ella, y la infeliz no tiene sino á mí; no extraña V. que le hable así, caballero, continuó: V. me ha inspirado confianza, porque se ha interesado por esta niña, á quien todos desprecian y de quien todos se burlan por halagar á su hermana.

—Tranquílcese V. la dije, y desde mañana yo bajaré todos los días á ver aquí á esta criatura, á quien compadezco y á quien amo.

Susana me dió gracias de nuevo, y desapareció con Angelina por aquella puerta que sin duda conducía á su habitación.

La nodriza habia hecho bien en alejarse, si no queria que la hallasen allí.

Valeria apareció en una de las calles del jardín y se adelantó lentamente.

Un blanco peinador, guarnecido de anchos encajes y cerrado con lazos azules la envolvía enteramente, y su larga cola, cayendo en anchos pliegues, daba mayor realce á su presencia, haciéndola mas esbelta y mucho mas elevada.

Su hermosísimo rostro, ligeramente moreno, se hallaba cercado por sus negros cabellos, cuyas anchas trenzas, cayendo en sencillo desorden, la hacían mas bella aun.

Hasta entonces no la habia visto de cerca, y puedo asegurar que es una joven admirable; ¡qué lástima que tras aquel semblante hechicero se oculte un alma fría y perversa!

Al pasar junto á mí me miró con extrañeza, y me saludó ligeramente. Yo la contesté con alguna frialdad, lo que dobló mas y mas su atención. Tal vez la admirar hallaría entre los dependientes de su padre un hombre que no se humillaba ante ella.

En aquel momento dieron las ocho. Aquellas lentas campanadas eran otras tantas voces que me llamaban á cumplir con mi deber.

Me alejé, pues, de aquel sitio, y me dirigí al despacho de mi principal.

Mañana volveré á ver á Angelina y la llevaré un hermoso ramo de flores: no sé qué voz secreta me dice que lo que falta á esta pobre niña es cuidado y ternura, desvelos y amor! Yo te contaré todo lo que haya, en mis largas cartas: entre tanto, siempre te ama y piensa en tí tu hermano,—*Fabian*.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA HIJA DE JAIRO.

—Un hombre, que es mas que el hombre
por su voz y su semblante,
que lleva la luz delante
y á la humanidad en pos;
con majestad asombrosa
y con acento inspirado,
entre el pueblo entusiasmado
predica el reino de Dios.
¿Quién será? ¡Dulce consuelo!
Dicen que nació en Belén.
¡Ay que bien habla del cielo!
¡Ay que bien!

Vé, padre. Vuela á admirarle.
Yo le escuché cierto día
en que con santa alegría
llamó los niños á sí.
Y aunque tú, padre amoroso,
me prodigas tu cariño,
eres en amarme niño
junto al Padre que yo vi.
¡Cuál asombra á los Doctores
que le escuchan y le ven!
¡Ay que bien sabe de amores!
¡Ay que bien!

Con su palabra divina
están sus actos de acuerdo;
y en conjeturas me pierdo
sobre tan alto Doctor.

¡Qué caridad tan ardiente
con la menor criatura!
¡Qué salubre ternura
para el triste pecador!
Hasta el corazón mas frío
lleva aromas del Eden.
¡Ay qué bien obra, Dios mío!
¡Ay qué bien!

Él á los ciegos dá luz
y á tullidos movimiento,
y su balsámico aliento
hace las flores brotar.
Su voz los pechos inunda
de pura y amante calma,
y al escucharle mi alma
abrióse de par en par.
¿Quién le ha dado tal encanto?
¿Quién puede igualarle, quién?
¡Ay que bien ora ese santo!
¡Ay que bien!

Padre, ¿será algún profeta?
¿será un ángel? Yo imagino
que su rostro peregrino
es del mismo Criador.
Del que fué dulce esperanza
al pueblo tan largos años.
Del que á remediar sus daños
ha de venir por amor.
El bendice á los mortales
aunque alejados estén.
¡Ay que bien llora sus males!
¡Ay que bien!

Con autoridad sin tasa
que su alto origen abona,
llama, reprende y perdona
al que huyó de la virtud.
Y para gloria del mundo
su Omnipotencia divina
la vida entera domina
de la cuna al ataúd.
Todo se ordena á tu nombre.
Bendito seas, amen.
¡Ay que bien sirves al hombre!
¡Ay que bien!

—Busca á Jesús, padre amado,
que se me acerca la muerte,
y acaso no llegue á verte
cuando regreses con él.
—Ten esperanza, hija mía.
—Solo en Él hay esperanza.
—Voy á partir sin tardanza
por el Santo de Israel.
Mas, ¿dónde encontrarle, dónde?
—¡Ah! si le llama el dolor
ya verás qué bien responde
mi Señor.

—¡Compasión para mi niña!
—No llores, durmiendo está.
—¡Ah, Señor, ha muerto ya!
¿Quieres salvarla?—¡Sí, sí!
—Por lo mucho que os amó
vuelva el calor á su frente.
—¡Despierta, niña inocente!
¡Vengan los niños á mí!
—¿Quién ha tocado mi sien?
¡De amor estalla mi seno!
¡Ay que bien sanas, Dios bueno!
¡Ay que bien!

Timoteo Domingo Palacio.

LOS HIJOS DE EDUARDO.

Después de la muerte del lord Hastings, tan afecto á los pequeños hijos de Eduardo IV, Ricardo, duque de Gloucester, se resolvió á poner en planta sus miras ambiciosas; pero Dios, para vengar al justo da remordimientos al malo, y Shakspeare nos ha dejado en admirables escenas los terrores de un usurpador.

Yo he visto no lejos del mar, bajo las dilatadas y fuertes ramas de una vieja encina, dos tiernos rosales crecer y enverdecer: sus tallos se habian ligado y confundido juntos, y florecian en comun: esta brisa de la mar que mata las flores, no llegaba jamás á sus rosas, porque el árbol centenario las amparaba con su tronco y con su sombra; pero un día el hacha del hombre bárbaro abatió la encina; y los dos rosales, que ya no se vieron defendidos del cierzo abrasador, se marchitaron y murieron.

Igual desgracia aconteció á los dos tiernos príncipes: después del asesinato de Hastings, nada impidió ya á la muerte que consumase su obra.... El tiempo estaba lluvioso y sombrío hacia muchos días. Los dos niños prisioneros no habian podido subir á la plataforma de la torre en que estaban encerrados: en su cautividad era para ellos un júbilo ir á respirar el aire en este recinto coronado de centinelas; de allí veian el Támesis con todos sus navíos, á Londres con sus altas almenas y Westminster con sus soberbias torres: mostrábanse los monumentos que reconocian; pero naturalmente, lo que fijaba mas sus miradas, era el palacio del rey, en que habian nacido. Divisaban con pena y envidia las espesas sombras que rodeaban este antiguo edificio; y se preguntaban:—«¿Cuándo podremos jugar bajo aquellos hermosos árboles?»

Un día, en torno de su prision silenciosa y triste, oyeron un ruido extraño y se pusieron á observar al través de las rejas de su ventana: vieron hombres armados, que conducían un preso hacia la capilla, pero no pudieron verle el rostro: solo conocieron por sus canas que era anciano, y distinguieron un hacha que llevaba un hombre vestido de encarnado.

—Yo quisiera saber quién es ese preso, dijo Eduardo.

—Nuestro fiel amigo Hastings nos lo dirá, respondió Enrique. Cuando le veo me lleno de contento; pero hace muchos días que no viene á visitarnos.... Eduardo, ¿sabes tú el por qué?

—No; pero la última vez que estuvo aquí me dijo que iba á apresurar mi coronación: puede ser que esté ocupado en los preparativos.... ¿sabes que él hace grandes preparativos en Westminster?

—¡Oh, sí! yo lo creo: antes de llevarse á nuestro padre, fué menester trabajar muchos días. Esta vez no será en negro.... será en escarlata y con oro.... Eduardo, ¡cuán bello será ese día! qué lindo estarás con tu corona!.... ¿estaré yo cerca de ti cuando te sientes en tu trono?

—Tú sabes bien que no nos separaremos jamás.

—Y cuando seas rey, ¿podré abrazarte como ahora?

—¿Por qué no? siempre seré tu hermano.

—¡Dicen que la corona cambia tantas cosas...! ¿Te acuerdas de lo que nos contaba nuestra buena nodriza lady Sarah? mostrándonos á nuestro padre, nos decía: ¡Vedle, cuán triste está! ¡la corona le lastima la frente!—Y abrazándonos añadía:—¡Oh hijos míos! yo quisiera mas que fuérais hijos de un pobre y honrado labrador.

—Quizá tendría razón, y algunas veces pienso como ella.

—Vamos, Eduardo, te chanceas.

—No, escucha: si fuéramos hijos de algun labrador, estaríamos en libertad; estos gruesos muros y estas fuertes rejas de hierro no nos detendrían aquí. Mi tío dice que esto es para librarnos de los malos, y entonces preciso es creer que los reyes tienen hombres que los aborrecen sin causa; ya ves que no es una dicha nuestro nacimiento. Mira todas esas campiñas que rodean á Londres, tan verdes y tan bellas: si nosotros fuéramos labradores jugaríamos allí tan libres y tan alegres como las aves que vuelan sobre nuestras cabezas.

—Te parece que dices grandes cosas; pero con todo, yo quiero mejor ser hijo de un rey; un rey hace todo lo que quiere, nada le falta: tiene magníficos palacios, amigos sin número, solda-

dos, riquezas, caballos, perros, halcones, grandes florestas.... ¡y despues tiene mucho dinero que dar á los pobres!.... Cuando pasa, por las ciudades, no oye mas gritos que los de ¡Dios salve al rey! todo el mundo le ama y respeta. Eduardo, cuando tú te veas coronado, toda la Inglaterra te amará mas que al presente: solo yo yo no podré quererte mas de lo que ahora te quiero.

(Concluirá).

VARIETADES.

UN PERRO BUENO.

En un libro impreso en Florencia, hace ya mas de doscientos años, se lee la siguiente historia de un perro que llevaba pan á una ciudad sitiada:

«Cuando el duque Roberto y Ricardo, tambien duque de Cápua, sitiaban á Palermo, defendida valerosamente por el príncipe Gisolfo, los sufrimientos de los habitantes, á causa de la miseria y del hambre, fueron muy grandes, y todo el que podía abandonar la ciudad, la abandonaba. Dos jóvenes salieron seguidos de su perro, y despues de eludir la vigilancia de los guardias, se presentaron al campo enemigo, pidiendo un poco de pan por el amor de Dios. Como el campo estaba provisto de todo con mucha abundancia, se les dió dos panes, y ellos dieron á la vez á su fiel perro un buen pedazo.

«La noche siguiente el perro entró en la ciudad y llevó su parte de pan al padre de aquellos jóvenes, lo puso á sus piés y se volvió al campo. Al día siguiente los dos jóvenes, sin saber lo que el perro habia hecho, hallándose ellos en la abundancia, volvieron á dar mas pan al perro, y el fiel animal repitió la misma operacion. Esto acació por tres veces, y el padre, no sabiendo como pagar aquel acto inesperado de misericordia, puso en el cuello del perro un escrito que decía: «Doy gracias á Dios por aquel que me manda esta limosna, y no cese de rogar por él.» Reconociendo los jóvenes el escrito del padre, no dudaron ya que, el abandonarles el perro todas las noches, era para ir á aliviar la miseria de su padre, y se lo contaron todo á la esposa de uno de los duques, la que al principio no queria creerles; pero despues, habiendo puesto en el cuello del perro una provision mas grande que la acostumbrada, él volvió al día siguiente, trayendo otro escrito que decía: «Te vuelvo á dar aun mayores gracias por estas mas abundantes limosnas.» Visto esto por la duquesa, hizo al perro mil caricias, y alabó en gran manera su fidelidad y su amor. Pero esta misma fama fué su desgracia. Habiéndolo sabido el cruel príncipe Gisolfo, apostó soldados los cuales mataron bárbaramente al generoso animal que, con su conducta, habia enseñado á aquellos jóvenes un deber que ellos habian olvidado, á saber: que no era lícito abandonar á su padre hambriento dentro de la ciudad, mientras ellos estaban hartos y nadando en la abundancia.»

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.